

“Te miro y me conmuevo. Le miro y... ¿me rebelo?”

Un año más, la Semana Santa se convierte en la protagonista indiscutible en nuestros rincones, calles y corazones. La atmósfera que irradia esta festividad es más que atrayente, tanto para turistas como para creyentes. Y es que toda la maquinaria está preparada para que no falte ninguno de los elementos que la caracterizan. Sin ir más lejos, percibo olores a incienso, cera, fragancias de hierbas aromáticas y de flores que adornan los pasos... La vista se deleita contemplando la imaginería de los tronos, los desfiles procesionales... El oído también participa de este regocijo: bandas de música, marchas fúnebres, saetas, la madera de las varas y de las cruces golpeando el asfalto, cadenas arrastradas... El tacto nos descubre la suavidad de los mantos de terciopelo, túnicas y capas de raso, el relieve de los bordados, el frío de la plata... Toda esta amalgama de los sentidos propicia un mágico bálsamo espiritual que hace aflorar sentimientos de pena y de dolor por el padecimiento de nuestro Señor. El fervor se palpa, Jesús me conmueve, siento muy cerca su presencia.

Paradójicamente, finalizados estos días, nos suele pasar inadvertido que Jesús Nazareno sigue procesionando el resto del año. Sus cruces diarias son evidentes. Sin embargo, los sentidos que entran en juego al verlo no son tan glamurosos como en Semana Santa. La vista me ofrece inmigrantes exhaustos, con arena adherida a la piel al alcanzar la costa deseada; manos y pies ensangrentados al trepar por las vallas de Ceuta y Melilla; rostros fármacos por inanición y falta de ayuda humanitaria; filas interminables de refugiados esperando la condescendencia de la patrulla fronteriza; lágrimas de la población más vulnerable ante la impotencia de una guerra; niños y jóvenes embadurnados de barro al extraer el codiciado coltán para saciar nuestra insaciable apetencia de tecnología punta; la madre naturaleza, gimiendo con dolores de parto por el descuido humano de la casa común; cuerpos diseminados ante una epidemia de ébola que no interesa a las multinacionales farmacéuticas a no ser que salpique a Occidente; el padre de familia, desesperanzado por las escasas oportunidades

laborales que le brinda la crisis económica... Los olores tampoco seducen. La pobreza huele a salitre del Mediterráneo de los inmigrantes que intentan llegar a Europa; a agua hervida con hojas de los árboles como alimento para sobrevivir en la ciudad siria de Madaya; a humedad en las viviendas de los que sufren pobreza energética en invierno; a hedor por el hacinamiento y la falta de higiene en los campos de refugiados; a humo en las chozas de adobe y carrizo de seres humanos que viven en paupérrimas condiciones... y a un sinfín de situaciones olvidadas porque no trascienden en los medios o no despiertan interés.

Esta lastimera visión no es sino el reflejo de algunas de las muchas penalidades diarias que padecen nuestros hermanos. Por eso, al ver estas realidades, debería conmoverme tan apasionadamente como cuando contemplo el rostro de Jesús ya que existe una vinculación indisoluble entre la figura de Jesús y nuestro prójimo, tan íntima que *“cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis”*. Así pues, el sufrimiento del prójimo no debería dejar impertérito al creyente. Muy al contrario, tendría que incomodarnos hasta el punto de rebelarnos para aplacarlo o minimizarlo. Para ello, podríamos utilizar los mecanismos parroquiales disponibles para ejercer la acción caritativa a nivel local, racionalizar nuestros hábitos de consumo, revisar nuestros planteamientos ecológicos, dedicar tiempo y dinero a causas solidarias, sumarnos a campañas de denuncia y justicia social, practicar la misericordia, tener presente en nuestras oraciones el bienestar ajeno, implicarnos en el voluntariado, etc., de forma que el prójimo ocupe un lugar destacado en nuestra vida y en nuestras actuaciones. No es posible separar a Dios del prójimo en la construcción del Reino de Dios aquí en la Tierra. En definitiva, el amor preferencial de Jesús por el hermano necesitado debe impulsar al cristiano a dejar su huella en el intento de erradicar el sufrimiento del prójimo.

JULIÁN GIGANTE SÁNCHEZ

Director Cáritas Interparroquial de Daimiel